

Paper

Procesos de degradación y (re)generación cultural del paisaje urbano de borde: ¿Qué percepciones identitarias se producen en el borde norte de la Ciudad de Buenos Aires?

Groppa, Nicolás; Tella, Guillermo; Cuauhtémoc, Ochoa

nicolas@groppa.com.ar; guillermotella@gmail.com;

318064587@fa.unam.mx

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Instituto Superior de Urbanismo, Territorio y Ambiente. Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Palabras clave

Unidades de paisaje, Borde urbano, Interdiseño sustentable, Identidad urbana, Preguntas de investigación.

Resumen

El presente trabajo propone reflexionar acerca de aquellas preguntas de investigación que surgieron a lo largo de la realización del Proyecto UBACyT “Paisaje urbano en áreas de borde: una aproximación metodológica desde el interdiseño sustentable”, y que dieron concepción a proyectos de investigación por parte de becarios y pasantes.

El sector del territorio a estudiar corresponde al límite norte de la Ciudad de Buenos Aires, centrándose en los nodos de interconexión entre los barrios Núñez con Vicente López, identificándose unidades y subunidades de paisaje a partir de sus componentes paisajísticos, culturales, sociales, perceptivos, simbólicos, dinámicos, entre otros, los cuales caracterizan

estas porciones a ser estudiadas, otorgándoles una impronta e idiosincrasia que desemboca en las realidades de borde existentes en el territorio.

Se hará hincapié en las condiciones de habitabilidad, tanto considerando el confort de sus usuarios como las características ambientales que presentan a partir de datos recopilados en puntos específicos y representativos del borde, sobre los cuales se comprender las situaciones actuales del territorio, con el objetivo de generar propuestas de remediación territorial replicables en áreas con condiciones similares.

Si bien muchas de estas características fueron anticipadas, al momento de analizar los datos fueron surgiendo nuevos cuestionamientos. La ciudad, producto de una multiplicidad de acciones y reacciones generadas por sus usuarios y por instituciones con injerencia en la misma, hace que se pueden estimar concepciones espaciales y resultados, es imposible proveer la totalidad de las problemáticas sociourbanas que aparecen al momento de indagar en la investigación.

Es con esto en cuenta que se propone a continuación exponer preguntas surgidas dentro del proyecto marco que buscaron expandir las ramas de conocimiento, y que definieron líneas de investigación y estructuraron presentes y futuros proyectos, a modo de vislumbrar los efectos de las preguntas en la concepción de las propuestas de investigación.

El Paisaje Urbano como escenario del habitar colectivo

A lo largo de la historia, y producto de cambios en la constitución de la sociedad, el término paisaje fue mutando, acoplándose a la perspectiva desde la cual se querían explicar o describir fenómenos sociales, artísticos y naturales, pero también a la extensión dentro de la cual se lo comprende (Schama, 1996; Cosgrove, 1984).

Ya en la antigüedad podemos encontrar el término paisaje relacionado con la naturaleza física, en muchos casos habitada por dioses y seres míticos. Homero y Platón hicieron referencia al paisaje en sus obras, pero sin conceptualizarlo de manera concreta (Schama, 1996; Olwig, 2002).

Después, en la Edad Media comienza a aparecer la idea de paisaje como escenario donde se desarrollan eventos históricos, religiosos y sociales, llegando a teorizarse en escritos de San Agustín y Santo Tomás sin una definición concreta, además de dejar registros a partir de obras de arte emplazadas en ambientes naturales y urbanos, ya relacionadas a actividades concretas, a menudo con enfoque religioso (Schama, 1996).

A partir del Renacimiento es que se renueva el interés en la observación y representación del paisaje de manera más precisa, transformándolo no solo en un escenario, sino en un objeto de estudio y de contemplación en sí mismo (Clark, 1981; Panofsky, 1989; Cosgrove, 1984). Esto tomará mayor valor en la era de la Ilustración y el Romanticismo, en las cuales se comenzó a relacionar al paisaje con las expresiones y sentimientos humanos, aun dentro del ambiente artístico, pero con reflexiones filosóficas como las de Caspar David Friedrich y William Wordsworth, quienes exploraban el paisaje como medio de transmisión de las emociones humanas (Cosgrove, 1984; Schama, 1996).

Finalmente, durante el siglo XX aparece la noción de paisaje simbólico y cultural, principalmente con el crecimiento de la ecología cultural y la geografía humanística. De esta forma, se reconoce que el paisaje está imbuido en significados culturales, históricos y simbólicos, y comienza a estudiarse cómo estos influyen en nuestra percepción y relación con el entorno (Sauer, 1925; Tuan, 1977).

El surgimiento de la geografía cultural dio forma al concepto de paisaje cultural, el cual puede comprenderse como una geografía particular creada por un grupo social a partir de la acción del hombre en su medio natural, pero también sobre el medio cultural, generando en él una transformación (Sauer, 1925).

Ya no se habla del paisaje como algo estético, sino como un elemento multisensorial, con fuentes simbólicas, estéticas, culturales e individuales (Prieto Meleán, 2010). De esta forma, comienza a resultar imprescindible la presencia de un sujeto experimentándolo para que cobre valor. Un individuo o un grupo que realice una comprensión del espacio, no como área geográfica, sino como parte de un paisaje.

De esta forma, podemos concebir un paisaje que puede o no desligarse de características físicas y naturales, y comprenderlo como una identificación antropológica del espacio, una construcción social, ligada a elementos simbólicos que generan categorías, de las cuales surge una percepción que se acuerda colectivamente y de manera implícita como la realidad (Soja, 1996).

Es en este sentido que la discriminación del espacio a partir de la formación de categorías autoimpuestas, generadas desde la presencia o ausencia de elementos reconocidos en el paisaje, hace que un espacio cobre un sentido y sensación propia, los cuales pueden o no condecirse con lo que ocurra en él (Massey, 1994, 2005; Lefebvre, 1991).

Sin embargo, estas construcciones sensoriales pueden convertirse en motores para la materialización de acciones que se correspondan con dichas

sensaciones, generando fundamentos, no como causante sino como consecuencia de la percepción sensorial del paisaje, pero que pasan a ser causantes de la confirmación de la sensación originaria (Cervio, 2019).

A partir de estos conceptos, podemos comprender que este paisaje sensorial se relaciona con una concepción interna y externa que se tiene sobre el medio, pero esta interpretación individual del sitio no se hace infinita en el espacio, sino que las percepciones y concepciones homogéneas presentan límites, los cuales pasan a encerrar unidades de paisaje, conexas o inconexas entre sí. Podemos entender unidades de paisaje como

“Porciones del territorio caracterizadas por la combinación específica de componentes paisajísticos de naturaleza ambiental, cultural, perceptiva y simbólica, así como de dinámicas claramente reconocibles, le confieren una idiosincrasia diferenciada del resto del territorio. Deben mantener una homogeneidad, ya sea desde el punto de vista fisionómico o desde su funcionamiento interno”

(Tella, De Sousa, 2021)

De esta forma, todos los elementos con características paisajísticas homogéneas adyacentes, se congregan bajo una única unidad de paisaje, la cual funciona como una célula en el tejido de la ciudad, y dependiendo del nivel de porosidad que mantenga en cada uno de sus bordes, podrá generar una continuidad entre unidades que funcione de manera simbiótica o se limitara con barreras urbanas aislando a cada unidad de porciones o la totalidad de las áreas urbanas contiguas.

Esto se ve fuertemente materializado en los paisajes de borde, los cuales presentan características particulares por su función de límite entre distritos, por funcionar como dispositivo de poder, por su relación con el espacio público, por condiciones de la geometría, generando distintas capacidades simbióticas entre unidades de paisaje según su interacción y por la presencia de barreras urbanas.

Cabe mencionar que por capacidad simbiótica nos referimos a la retroalimentación y la potenciación de dos unidades de paisaje adyacentes a partir de la comprensión de la existencia de su contraparte, la continuidad urbana de una sobre la otra y viceversa, el uso conjunto del espacio de borde y el nivel de restricción autoimpuesta e impuesta por terceros al cruce (Relph, 1976; Alexander, 1977). Es así como podemos encontrar las siguientes capacidades:

Capacidad simbiótica máxima: en bordes desdibujados, los cuales representan un límite jurisdiccional pero no en el modo de habitar el espacio. Estos bordes forman nodos, generalmente materializados con espacio público de esparcimiento y de alta recurrencia, y es punto de encuentro entre habitantes provenientes de los dos distritos.

Capacidades intermedias: Es aquí donde comienzan a jugar las barreras urbanas, materiales, inmateriales y semimateriales. El borde urbano presenta un límite remarcado, con un cambio en el modo de habitarlo. El cruce ya no es un nodo, no congrega a una vivencia conjunta, sino que será un espacio de paso. Si bien no existen restricciones de traspaso impuestas por terceros, habrá menor cantidad de personas cruzando debido a decisiones de individuos de abstenerse a hacerlo. Estas capacidades simbióticas intermedias podrán ser:

Simbiosis intermedias con intercambio moderadas: en las cuales hay un cambio en el paisaje de un lado y del otro, límites claros, con actividades a un lado que no influyen en el contiguo, pero que los usos y espacios son utilizados por individuos provenientes de ambos lados

Simbiosis intermedia con intercambio escasa: refiere a límites duros, con un alto valor simbólico que restringe el intercambio de usuarios. Suelen entrar en juego las escalas de poder, en las que algunos sectores de la sociedad tienen derecho de facto a cierta porción de la ciudad, mientras otros no conciben pertenencia en ese espacio público.

Capacidad simbiótica baja: esta última presenta límites materiales e inmateriales fuertes, de alto contenido simbólico, de poder y de dominio. Se puede encontrar en límites internacionales, pero también en los bordes de urbanizaciones cerradas. En estos casos, el cruce es restringido, ya no únicamente por la voluntad de los usuarios sino por voluntad de terceros.

Estas tres capacidades son definidas y categorizadas según la existencia y tipo de barrera que se presenta en sus bordes. Esto, como se vio, se expresa de manera creciente, generando una correlación en la cual, a medida que las barreras se vuelven más preponderantes y efectivas en cuanto al control de cruce, menor es la capacidad simbiótica del borde.

Ahora bien, estas barreras presentan diferencias, permitiendo categorizar en tres tipos de restricción entre las unidades: barreras materiales, semimateriales e inmateriales en sus bordes

Barreras materiales de borde: estos bordes limitan su permeabilidad a partir de elementos naturales, tales como ríos o montañas y/o elementos de infraestructura, como autopistas, avenidas, murallas, etc.

Barreras inmateriales de borde, aquellos en los cuales hay un cambio rotundo, por un lado, en la percepción del paisaje, pero también en el imaginario de quien hace uso del espacio a cada lado de este borde (Zukin, 1995). En cuanto al cambio repentino en la percepción de imagen de paisaje, podemos encontrarnos con desarrollos incongruentes producto de colectivos que, de manera espontánea, decidieron hacer uso distinto del espacio, o a partir de regulaciones que no contemplan una continuidad en criterios morfología, estética, de usos del suelo y del espacio público, dinámicas de movilidad y condiciones de homogeneidad, generando un corte duro entre uno y otro lado del borde. (Jacobs, 1961; Sennett, 1992)

Por otro lado, esta barrera inmaterial puede condecirse con las relaciones de poder que se generan en los bordes urbanos, donde el acceso a porciones de la ciudad se encuentra restringido a ciertos sectores de la sociedad, lo cual puede desembocar en la formación de bordes estilo ghetto, físicamente cruzables pero conceptualmente infranqueable

Barreras semimateriales de borde, en las que el elemento restrictivo se rompe, pero mantiene una continuidad conceptual, tanto con elementos físicos como simbólicos, cuya suma limita el cruce del borde. Cruces bajo puentes, oscuros, con poco tránsito, y con áreas desconectadas simbólicamente a uno y otro lado, hacen que estos pasos vialmente franqueables se vuelvan barreras con alto grado de dureza (Lynch, 1960; Harvey, 1991, 1973; Koolhaass, 1995)

Estas situaciones de barrera y borde como límite del espacio público vivenciable hace que el usuario de la ciudad se pare de espaldas al límite, mirando hacia los nodos presentes en las centralidades urbanas y dejando las periferias y los bordes en segundo plano. Actitud que suele ser replicada al momento de pensar, hacer y mantener la ciudad. Es así como estos bordes, los cuales cubren una gran proporción de la ciudad, pasan a quedar en estado de abandono, degradados, de uso que se limita al de paso obligatorio y carencia de identidad urbana.

El paisaje de borde Núñez-Vicente López.

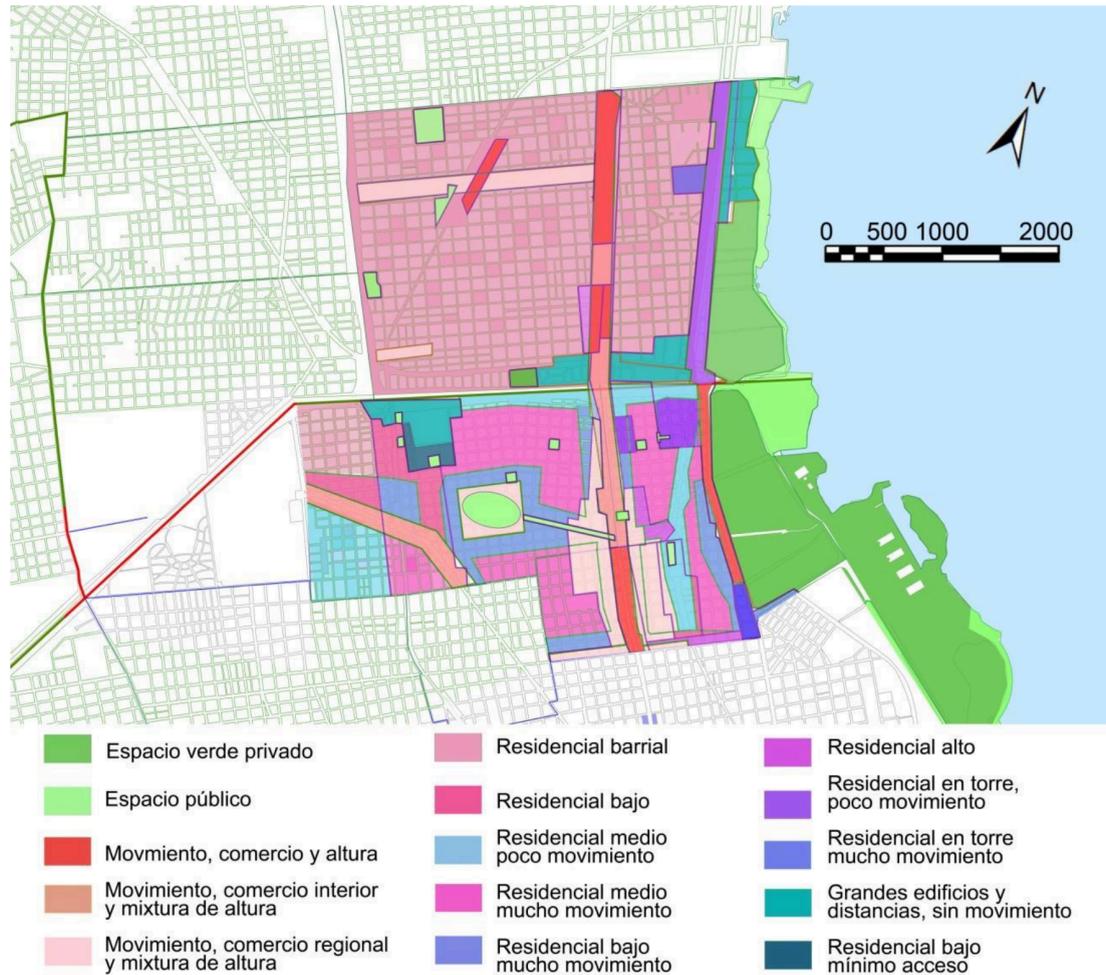
Tal como fue tratado previamente, las situaciones de borde suelen estar ligadas a la ausencia de identidad, a sensaciones que llevan a sus usuarios a alejarse y evitarlas, no por una propiedad prenatal del borde, sino por relegarse a la eficiencia en acceso, pero desligado a la vida humana, conformando así espacios inhabitados, sin usuarios.

En un principio hablamos del paisaje como una construcción simbólica que precisa de un sujeto, lo cual lleva a preguntarse si existe una conexión directa entre la calidad paisajística y el atractivo para sus usuarios.

Tomando el caso de estudio del borde norte de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el cual divide el barrio de Núñez (Ciudad de Buenos Aires) del de Vicente López (Provincia de Buenos Aires), podemos empezar a comprender cuáles de estas situaciones se hacen presentes en el territorio.

Para esto, en un primer momento se estudiaron las características morfológicas, dinámicas de uso, origen de usuarios, cualidades sensoriales, vías y tipo de movilidad, límites jurisdiccionales, barreras urbanas materiales, para conformar un plano en el que se identifiquen las unidades de paisaje.

Este análisis no se realizó únicamente en el borde a estudiar, sino que se analizaron los barrios de Saavedra, Núñez y Vicente López, a modo de identificar situaciones similares que no tengan contacto directo con el borde, junto a las potenciales unidades de paisaje de borde.

Figura 1: Identificación de las unidades de paisaje en el borde urbano

Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado

En esta imagen podemos observar cómo se genera una unidad de paisaje en el borde urbano. Previamente se trató la caracterización simbiótica que aparece entre unidades de paisaje, resaltando la dificultad en los bordes urbanos. Yendo al caso de estudio, podemos ver cómo estas cuestiones comienzan a materializarse generando unidades de paisaje próximas al límite jurisdiccional, las cuales no solo no se relacionan entre sí, sino que presentan una unidad de paisaje de borde que las separa.

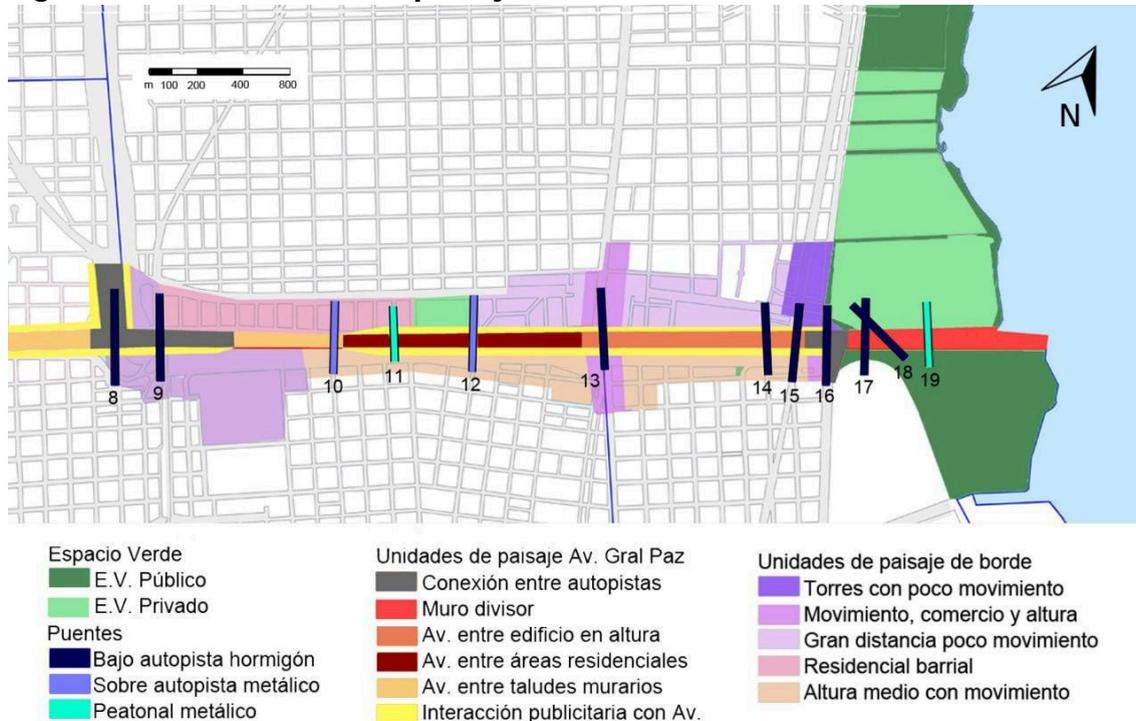
Para esto, en primera instancia se estudiaron los bordes próximos al borde de cada lado de la línea jurisdiccional.

Se realizaron, además, estudios respecto a las condiciones de habitabilidad, las cuales mostraron niveles de ruido, viento, baja cantidad de peatones, mínimo mantenimiento, vegetación y luminaria artificial (De Sousa, 2022; Groppa, 2023)

Se identificaron así espacios poco habitables en los recorridos paralelos al borde, ya sea por cuestiones topográficas, por cortes en accesos peatonales y descuido del espacio. Se reconoció, además, a la Av. General Paz como un

borde duro, el cual apenas se rompe con cruces puntuales, pero que, al comparar las unidades de paisaje a uno y otro lado del borde, se vislumbra una desconexión tanto en materia morfológica, de usos, jurídica/de código, desincentivando una conexión conceptual entre el paisaje urbano a uno y otro lado del borde.

Figura 2: Subunidades del paisaje en sus distintos conectores



Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado

Para mayor comprensión, se realizó un relevamiento de las sensaciones y calidades espaciales en dos de sus puntos, Puente Saavedra y el paso de Av. Del Libertador, a modo de comprender el funcionamiento del espacio público, y si se condice con la teoría propuesta. Se realizaron encuestas a usuarios tanto en las inmediaciones de Puente Saavedra como del cruce en Av. del Libertador, además de la recopilación de características de habitabilidad, tales como iluminación, asoleamiento, viento, cantidad de autos, peatones, presencia de vegetación (De Sousa, 2022; Groppa, 2023). Y fue a partir de los datos obtenidos que se puede contrastar con la teoría propuesta anteriormente.

Por un lado, hablamos del modo en el cual el paisaje era una identificación antropológica del espacio, al cual se le concede colectivamente una concepción de la realidad a partir de elementos puntuales que categorizábamos.

Es así como las principales sensaciones que produce el borde Núñez-Vicente López hacen que se genere una percepción del espacio particular.

Seguridad: por un lado, tenemos la sensación de seguridad/inseguridad. En el caso Puente Saavedra y el de Puente Av. del Libertador, la inseguridad

aparece como un factor clave, con distintas variaciones respecto al momento del día en el que se cruce. Por otro, tenemos casos concretos de robo/hurto, los cuales resultaron significativamente menores a los casos de sensación (43,77% de los casos de sensación de inseguridad no se condijeron con casos concretos de inseguridad en Av. del Libertador). Cabe destacar que esta sensación decreció considerablemente en aquellos encuestados que transitaban en vehículos motorizados, y se acrecentó en peatones y ciclistas, tanto en Av. del Libertador como en Puente Saavedra.

Alerta: fue identificado por el 66% de los encuestados en Av. del Libertador. Refiere a la sensación de peligro frente a la presencia de autos y de tránsito a alta velocidad, dejando en evidencia la preponderancia de los vehículos motorizados en el uso del espacio público en este punto del borde. Similar a lo ocurrido con la sensación de inseguridad, apareció aparejado al cruce en bicicleta y peatonal, pero también hubo una parte menor pero significativa de personas en vehículos particulares identificando esta sensación

Descuido: Refiere a la falta de mantenimiento en el área, sensación que nuevamente fue identificada por una gran cantidad de peatones, en mayor medida en Puente Saavedra, pero también identificados por un 37% en Av. del Libertador

Estas tres sensaciones comienzan a darnos una idea de la atmosfera generada en el límite entre distritos, con una preponderancia en el uso de los vehículos motorizados, y generando rechazo para peatones y ciclistas

Con estos datos analizados es que podemos pasar a clasificar según su capacidad simbiótica, y que barreras se hacen presentes en los cruces. Iniciando por el tipo de barreras que aparecen en estos puntos, podemos identificarlas como semimateriales, dado que hay elementos tanto físicos como inmateriales que las conforman

Por el lado físico, las barreras materializadas concretas son mínimas, entre las cuales se puede destacar la falta de semáforos y cruces peatonales, sumado al largo recorrido que conlleva atravesarlo, las cuales pueden significar la imposibilidad de cruce para algunos usuarios.

Sin embargo, es importante destacar que, al alejarse un poco del ojo del puente y observar al cruce en contexto, tanto el caso de Puente Saavedra como el de Av. Del Libertador, los ojos de puente que funciona como cruce mantienen una linealidad con la barrera material que se conforma con la Av. General Paz, haciendo que, conceptualmente, funcione como un único elemento físico que no permite el paso. Esto se condice con la identificación de unidades de paisaje, las cuales se mantienen continuas al pasar por estos cruces, además de mantener su escala, dado que el paisaje en el punto de cruce, si bien genera una situación particular, mantiene una estética y morfología similar a la que existe en el resto del recorrido.

En cuanto a barrera inmaterial, pueden identificarse una gran cantidad de elementos que no se condicen con la sensorialidad presente en el resto del

barrio, los cuales generan intenciones de alejarse de estos puntos. Se destacan las ya mencionadas sensaciones de inseguridad, de alerta y de descuido que presenta el espacio. A esto puede agregarse la capacidad de habitabilidad, tales como su condición de oscuridad, sensación de encierro, cambio en la escala, en velocidades, en las dinámicas de movilidad, en la oferta de actividad y uso, y en la anonimización del espacio público, las cuales llevan a que no se genere actividad, relacionando estos espacios con áreas desoladas y degradadas.

En cuanto a su capacidad simbiótica, podemos encontrar la demarcación del borde materializado por la Av. General Paz, el cual no constituye, en ningún punto de su recorrido, un nodo o punto de encuentro, de desarrollo de actividades o de atractivo a los usuarios. Por el contrario, tanto del lado Vicente López como del lado Núñez, los bordes se materializan con paredones o barrancos de gran altura, generando un límite físico duro e infranqueable, los cuales funcionan como espaldas de la ciudad.

La infraestructura, las actividades y el espacio público se desarrollará en nodos alejados del espacio de borde, haciendo que este se transforme en el punto de mayor lejanía respecto a las actividades urbanas. Sus calles parecen existir únicamente para que las personas accedan a sus residencias, sin proponer ningún tipo de atractivo o condición de estar.

Frente a esta barrera material, aparecen los cruces que rompen con la dureza del borde, y que funcionan como conectores físicos entre lo que ocurre a uno y otro lado del borde, además de como acceso a cada una de las partes.

De esta forma, este acceso y cruce, sin restricción ni control, no logra desdibujar el borde duro que se extiende a cada uno de sus lados, y aparece como una continuidad del borde en mayor medida que como una continuidad de las unidades de paisaje que lo tocan, terminando de conformar una barrera urbana que divide las unidades de paisaje de borde.

Más aún, el borde norte, al funcionar como un dispositivo de poder, hace que se genere un alto nivel simbólico a ambos lados, sobre los cuales, con un programa y morfología similar, se materialicen dos áreas completamente inconexas conceptualmente.

De esta forma, podemos considerar que, tanto el cruce de Puente Saavedra como el de Av. del Libertador tienen una capacidad simbiótica intermedia con intercambio escaso, caracterizado por presencia de barreras que no impiden el traspaso total, pero que limitan fuertemente que se efectivice el cruce y la retroalimentación y acceso a la ciudad entre usuarios de ambos distritos.

Surgimiento de nuevas incógnitas

Antes de generar una pregunta de investigación, es imprescindible cuestionarse ¿Cuál es el problema que quiero resolver? (Garrocho y Amaury, 2012). Para esto, previo a la pregunta de investigación, tiene que existir un

problema de investigación, alguna cuestión que nos lleve a un cuestionamiento inédito, inexistente previamente.

Este problema, y consecuentemente esta pregunta, no surgirán de la mera curiosidad del investigador, sino que son producto de conocimiento que se tenga sobre la cuestión. En este sentido, la pregunta de investigación debe ser una pregunta instruida, la cual surgirá a medias que el campo del conocimiento se vaya expandiendo, pero dejando valles de ignorancia, identificables por el ojo formado y con el potencial de convertirse en nuevos proyectos de investigación.

Es así como la pregunta de investigación surgirá luego de que se genere una idea de investigación (Hernandes, 2010), la cual será producto de la atención clínica, lectura de bibliografía especializada, discusiones con colegas y otras fuentes (Manterola y Otzen, 2013).

Esto puede quedar demostrado a partir de los interrogantes que surgieron a partir de los trabajos realizados en el proyecto de investigación.

La falta de individuos que hagan uso del espacio público genera un paisaje poco consolidado. Si el paisaje necesita un sujeto para ser tal, la carencia de individuos dificulta la consolidación y permanencia de una identidad propia, una serie de simbolismos que formen un paisaje del cual los ciudadanos puedan apropiarse.

¿Existen usuarios que hagan uso de los espacios residuales y carentes de identidad en los bordes de la Ciudad? ¿Quiénes?

Esta desapropiación del espacio público, sumado a la falta de comunicación entre áreas existentes a uno y otro lado del borde, genera grandes sitios que parecieran ser un lienzo en blanco, propensos a ser modificados por aquellos actores con poder que decidan intervenir en los mismos.

Si miramos los cambios realizados en el área en los últimos cincuenta años, podemos vislumbrar cómo una serie de proyectos privados vinieron a aprovechar esta situación de degradación para realizar emprendimientos que hacen uso del suelo de borde, pero no se relacionan con este espacio, sino que se enclaustran.

¿Los usuarios que deciden implantarse en estos nuevos puntos, dotan a la ciudad de nuevos usos, identidades y formas de habitarlo?

Desde la década de los 60 comenzó un proceso de transformación que fue reduciendo la imagen urbana histórica de los barrios Núñez y Vicente López, influenciado por el código de ordenamiento urbano implementado en 1977, el cual permitió el crecimiento en altura en distintas áreas de la ciudad, incluyendo las inmediaciones a la Av. Del Libertador, y el código de ordenamiento urbano de Vicente López de 1989, que previó la construcción de un sistema de torres sobre la avenida mencionada, generando un cambio de uso de las periferias, con alto interés de agentes institucionales, tanto públicos como privados, por obtener rentas más elevadas

La reestructuración del espacio público en la Ciudad de Buenos Aires tiende a seguir una agenda con lineamientos dictados por una economía creciente, globalizada y cognitiva (García Pérez, Sequera Fernández, 2013), donde los planeamientos se adecuan a los requerimientos del urbanismo neoliberal (Peck, 2010), que produce una sustitución de usos, diferenciación espacial y segregación territorial (Tella, 2001), generando una lucha desigual por los valores económicos del suelo y por los valores simbólicos (Bourdieu, 1999), en un marco regulatorio que favorece a unos sobre otros.

A esto deben agregarse los bordes duros previamente mencionados. Ya podía verse en el mapeo de unidades de paisaje del área que rodea al cruce bajo el puente de Av. del Libertador replica esa falta de identidad en su intermediación. Esto se debe a que, las vías del ferrocarril Mitre al oeste, la Av., General Paz al norte y el complejo de instituciones sin acceso público al este generan un área insular, cerrándose al diálogo con su entorno. Dicha situación se exagera con la carencia de transporte público y los edificios de gran escala, generando una mayor desconexión. En contraposición, el fácil acceso vehicular mediante Av. General Paz y Av. del Libertador funciona como filtro de ingresantes, decidiendo qué actores tendrán derecho al uso de esta porción de la ciudad.

Este fácil acceso vehicular y con llegada de infraestructura lo convierte en particularmente atractivo para generar nuevas centralidades de economías de servicio y para que se asiente la industria del conocimiento (Tella, 2001), promoviendo la llegada de empresas con necesidad de edificios de oficina, pero desvinculadas de lo que pasa en su exterior. Los usuarios de estos nuevos edificios llegarán en días de semana, por lo general en auto, hacen uso del interior del edificio, y se vuelven a sus residencias en auto, haciendo desuso del espacio público, el cual se mantiene por fuera de toda actividad de los nuevos usuarios. Es así como el nuevo uso atrajo nuevos usuarios, potencializando la identidad en transición y produciendo un cambio en la percepción tanto social/identitaria como económica del territorio (Bourdieu, 1984) Esta desarticulación por desuso del espacio público y encapsulación dependiente del transporte privado cambian la vida y ritmos urbanos haciendo que se pierda el marco referencial que guía el comportamiento social (Tella, 2001).

Ahora bien, las nuevas posibilidades de construcción en altura que los códigos de la Ciudad de Buenos Aires y de Vicente López permitieron en el corredor Av. del Libertador, sumado a los nuevos usos de alto valor y rendimiento, generan un impacto directo en el mercado de suelos, el cual eleva su valor inmobiliario a ritmos acelerados. A lo cual debe sumarse la tendencia de residencia en torres, la cual se fue haciendo presente en el área de estudio, debido a premios otorgados por los nuevos códigos urbanos y la alta demanda habitacional que surgió en este punto.

Estos nuevos edificios responden a oportunidades en el mercado inmobiliario, y a un imaginario habitacional similar al de los edificios de oficina, los que no se condice con el preexistente en los barrios de Vicente López y Núñez,

generando cambios radicales en el paisaje urbano próximo al borde, y en el modo en el que las personas interactúan con él.

Las áreas próximas al borde, las cuales sí contaban con capacidad identitaria, se ven arrastrados por el cambio de uso generado en el borde y sus accesos, lo cual lleva a preguntarse *¿que pasará con las identidades e idiosincrasias preexistentes frente a cambios en uso y valor del espacio urbano?*

Podemos identificar que este proceso significa un reemplazarlos de las casonas periféricas y suburbanas por nuevas torres que se fueron levantando en búsqueda de visuales al río y con espacio verde privado en sus bases. Pero esto no se limita únicamente a las construcciones, sino que consecuentemente comenzó un proceso de gentrificación materializado con desplazamiento identitario de los habitantes barriales para reemplazarlos por los nuevos residentes.

Cabe destacar que, debido a las condiciones socioeconómicas de la población previas a este recambio, no hubo un éxodo de los habitantes originarios del barrio. Sino que podemos referirnos a una llegada de gran volumen y en poco tiempo de nuevos habitantes, los cuales, debido a su aparente homogeneidad y posición económica, tiene el poder de imponer una nueva forma de habitar estos espacios transformados, previamente habitados por una población que, en su mayoría, se mantuvo, pero que pasó a convertirse en una minoría en el barrio. De esta manera, sin echar a las personas, se genera un nuevo colectivo que habita el espacio, haciendo que los originarios ya no sientan suya la ciudad (Bourdieu, 1980).

Teniendo en cuenta la importancia de la identidad en el espacio urbano, podemos adentrarnos en las connotaciones más recientes del término gentrificación, no limitándose a expulsar habitantes, sino relacionada con la transformación social del barrio, al “movimiento de capital en lugar de personas” (Smith, 1987) refiriéndose a gentrificación con o sin desplazamiento (Rasse, 2015), sin que este proceso de gentrificación signifique explícitamente la llegada de nuevos habitantes, sino que tiene como requisito la sustitución de un uso del suelo por otro que pague más (Sabatini, 2017)

Es así como nos encontramos con un área construida, por un lado, con actores sociales de alto poder que no buscan conformar ni proteger la identidad del barrio, sino sacar rédito económico, y por otro, con un estado que, por decisión u omisión, promueve la mercantilización y la reducción del derecho al uso del espacio urbano.

Cabe preguntarse, entonces *¿Cuál es el papel del marco regulatorio y de los acuerdos sociales multilaterales sobre la mantención y creación de identidades y significados locales tanto nuevas como existentes? ¿Puede un ordenamiento urbano sin éxodo poblacional generar un desplazamiento en la idiosincrasia local? ¿El cambio radical en la población y la morfología puede producir la desaprensión entre el espacio físico y la identidad urbana? Y de ser así, ¿generará espacios carentes de significado, de convivencia de dos significados o planteará un paradigma de significado nuevo?*

Estas preguntas funcionarán como punto de partida para la formulación de nuevas hipótesis de investigación, llevada a cabo por becarios enmarcados en el proyecto de investigación marco, a modo de expandir las ramas del conocimiento.

Conclusiones

A partir de esta exposición se puede observar el modo en el cual las nuevas preguntas de investigación surgen a partir del arduo trabajo de investigación, correspondiente a un caso de estudio en un punto geográfico específico, con un marco temporal delimitado, el cual fue expandiendo el conocimiento respecto al papel que juega el paisaje urbano de borde en la conformación de ciudad, no solo como elemento físico, sino como dispositivo sensorial, producto de una percepción individual y colectiva del espacio.

Es a partir de la observación, el relevamiento, el análisis de datos, el contraste con la teoría y la redacción de resultados parciales que se van identificando nuevas problemáticas, las cuales precisan ser estudiadas y comprendidas, para expandir no solo el área de conocimiento, sino para completar los valles de conocimiento develados por el proyecto marco, enriqueciendo la capacidad de los investigadores para formular hipótesis más precisas y relevantes, contribuyendo a un círculo virtuoso de generación de conocimiento.

Desde esta perspectiva resulta necesario abordar el estudio de la gentrificación en el área norte de la Ciudad de Buenos Aires como laboratorio para explorar cómo impactan dinámicas económicas, culturales, territoriales e identitarias impulsadas por diferentes actores sociales en las políticas públicas y en los marcos regulatorios.

Este enfoque no solo permite un análisis profundo de las transformaciones locales, sino que también ofrece un marco comparativo que puede ser aplicado a otras áreas urbanas con características similares. La identificación de patrones comunes y divergentes en estos procesos puede proporcionar valiosos insights para el diseño de intervenciones urbanas más equitativas y sostenibles.

La persecución del conocimiento es una disciplina expansiva. A medida que se avanza por el campo de lo conocido, surgen nuevas preguntas, las cuales generan aún más incógnitas al intentar ser respondidas. Un proyecto de investigación saludable se expande más allá de sus límites, se reproduce formando nuevos proyectos que germinan a partir de las preguntas que surgen de él. La complejidad de un estudio se mide justamente con las preguntas inéditas que surgen en su análisis, lo cual hace del proyecto un puntapié para continuar en la búsqueda del conocimiento en futuras investigaciones.

Agradecimientos

El equipo de trabajo agradece la valiosa participación de Analía Fernández, por sus aportes teóricos y conceptuales en el desarrollo de la Investigación.

Referencias

Alexander, C., Ishikawa, S., & Silverstein, M. (1977). *A Pattern Language: Towns, Buildings, Construction*. New York, NY: Oxford University Press

Bourdieu, P. (1984). *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*. Cambridge, MA: Harvard University Press

Bourdieu, P. (1999) *“La miseria del mundo”* Buenos Aires: Fondo de cultura económica

Cervio, Ana Lucía (2020). “Sentidos y sensibilidades sobre la casa : Exploraciones sociológicas desde la mirada de mujeres de sectores populares”. En: d hers, Victoria y BorAgnio, Aldana (eds.). *Sensibilidades y feminidades: mujeres desde una sociología de los cuerpos/emociones*. Revista Estudios Sociológicos, 431. CONICET.

Clark, K. (1981). *El desnudo: un estudio de la forma ideal*. Alianza Editorial

Cosgrove, D. (1984). *Social formation and symbolic landscape*. Croom Helm

De Sousa, Mitchell; Fernández, Analía; Groppa, Nicolás; Piñeiro, María Belén; Benedetti, Micaela; Tella, Guillermo (2023) Aproximación a la percepción colectiva del Paisaje Urbano: borde norte de la Ciudad de Buenos Actas 2022 SI + categorías. XXXVI Jornadas de Investigación y XVIII Encuentro Regional, FADU-UBA.

García Pérez, E. Sequera Fernández J. (2013) *“Gentrificación en centros urbanos: Aproximación comparadas a las dinámicas de Madrid y Buenos Aires”* Quid 16, num 3 pp (44-61) ISSN 2250-4060

Garrocho, J., & Amaury, P. (2012). ¿De dónde surgen las preguntas de investigación? En A. Gordillo, U. Medina, & M. Pierdant, *Manual de Investigación Clínica* (págs. 1-10). México DF: Manual Moderno.

Groppa, N; Fernández, A; Benedetti, M; Summo, V; Tella, G (2024). *Nodos de borde y paisaje urbano: escalas perceptuales y de habitabilidad*. Actas 2023 SI + palabras escalas. XXXVII Jornadas de Investigación y XIX Encuentro Regional, FADU-UBA.

Harvey, D. (1991). *The Condition of Postmodernity*. Blackwell

Harvey, D. (1973). *Social Justice and the City*. Johns Hopkins University Press

Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, P. (2010). *Metodología de la Investigación*. México D.F.: McGraw-Hill / Interamericana.

Jacobs, J. (1993). *The death and life of great American cities*. Vintage Books

Koolhaas, R., & Mau, B. (1995). *S,M,L,XL*. New York, NY: The Monacelli Press

Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Blackwell

- Lynch, K. (1960). *The Image of the City*. Cambridge, MA: MIT Press
- Manterola, C., & Otzen, T. (2013). Por qué investigar y cómo conducir una investigación. *International Journal of Morphology*, 31 (4), 1498-1504.
- Massey, D. (2005). *For Space*. London, UK: Sage Publications
- Olwig, C. J. A. (2002). *Landscape, nature, and the body politic: From Britain's renaissance to America's new world*. University of Wisconsin Press.
- Panofsky, E. (1989). *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*. Alianza Editorial.
- Peck, J., Theodore, N., & Brenner, N. (2009). Neoliberal Urbanism: Models, Moments, Mutations. *SAIS Review*, XXIX(1), 49-661.
- Prieto Meleán, Carlos (2010). *Construyamos nuestro paisaje urbano: El fenómeno del paisaje urbano vecinal Marabino* [Tesis doctoral]. Universidad de Zulia.
- Ramos Galarza, C. A. (2016). La pregunta de investigación. *Avances En Psicología*, 24(1), 23–31
- Rasse, A. Sabatini, F (2019) “*Metodología de identificación de zonas en gentrificación. Santiago de Chile y Ciudad de Mexico*” *Bitacora Urbano Territorial*, 29 (1) pp. 53-63
- Relph, E. (1976). *Place and Placelessness*. London, UK: Pion
- Sabatini, F. Rasse, A. Caceres, G. Sarella Robles, M. Trebilcock, M. P. (2017) “*Promotores inmobiliarios, gentrificación y segregación residencial en Santiago de Chile*” *Revista Mexicana de Sociología* 79 num 2 (abril-junio 2017) pp. 229-260 ISSN 0188-2503
- Sauer, C (1995). La morfología del paisaje. *University of California Publications in Geography*, 2(2): 19-53. 12 de octubre de 1925. Traducción de Guillermo Castro H.
- Schama, S. (1996). *Landscape and memory*. HarperCollins.
- Smith, N (1979) “*Towards a theory of gentrification: A back to the city movement by capital, not people*” en *Jornal of the American Association* vol. 45 pp. 538-548
- Soja, E. W. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Cambridge, Mass
- Tella, G (2001) “*Del suburbio a la post-periferia. Efectos de una modernización tardía en la regio metropolitana de Buenos Aires*” Buenos Aires, ed Fadu, UBA
- Tella, G; Fernandez, A (coords) De Sousa, M, Delgado, S, Groppa, N, Kestelman, M, Piñeiro, M, Benedetti, M Summo, V, Torosky, S (2023) “*Paisaje*

de borde: repensando el territorio como construcción simbólica de lugar”,
Martínez, Azzuras.

Tuan, Y.-F. (1977). *Space and place: The perspective of experience*. University
of Minnesota Press.